

EL ÚLTIMO MILLÓN

En aquellos buenos tiempos del colegio, en nuestro curso había una decena de niñas; el resto, bulliciosos muchachos. Éramos unos treinta en total. Hoy, en esta cena de exalumnos, hay solo hombres; ¿qué pasa con las mujeres? Dejaron hace muchos años de asistir. Aprovecho un brevísimo interludio silencioso y pregunto si se acuerdan de la Vero. Mis antiguos compañeros giran sus cabezas hacia mí, con expresiones de interés. Antes de comenzar a hablar, evoco la impresión completa que guardo de esta tan especial compañera que tuvimos. Bellísima, pero muy orgullosa, altanera y despectiva. Terminamos el colegio y nunca se supo nada más de ella.

Me parece un poco extraño que se miren tanto entre sí, todos con idéntica sonrisa y sin emitir palabra alguna. Luego, uno de ellos consulta por qué razón la evoco, mientras los demás esperan —me parece notar que con exagerada atención— mi respuesta.

Algo maravillado por el extraño fenómeno del súbito interés de los demás contertulios, inicié mi relato, explicando que ayer había recibido, para mi gran sorpresa, un correo electrónico, en cuyo encabezado se leía: «Soy la Vero, estuvimos en el mismo curso, ¿te acuerdas de mí?». Y me solicita indicar mi número de teléfono, preguntando si es hora adecuada para llamarme. Así lo hice. De inmediato, repiquetea mi teléfono y comenzamos a conversar. Ella consulta por mis circunstancias actuales. Le conté que lo relacionado con mi

trabajo iba bien; que había estado casado por algunos años, sin tener hijos. Agotada la breve parte sobre mí, la conminé a que me explicara la razón de este sorprendente contacto, después de tanto tiempo de silencio total. Carraspeó, luego consultó si podía hablar conmigo con total confianza, advirtiéndome que, si me llegara a sentir incómodo con lo que escucharía, le concediera por anticipado el favor de olvidar por completo su llamado y todo lo que hubiéramos hablado. Después de reiterarle la seguridad de mi total confianza al respecto, hizo una leve pausa y entonces lanzó un breve comentario, tan inesperado que, con franqueza, me descolocó muchísimo. Preguntó si, en los tiempos del colegio, ella me gustaba. Sí, repito, así fue como lo dijo: «¿yo te gustaba?». Cuando me recuperé de la sorpresa, le confirmé que más que gustarme, nunca me atreví a decirle que ella fue la protagonista de innumerables fantasías románticas que rondaron por mi cabeza, y no sé cómo me atreví a confesarle también —lo hice con mucha vergüenza— que ella era, en aquella lejana época, la figura central de mis ensoñaciones eróticas. «¿Es verdad lo que me estás diciendo?», preguntó varias veces.

La conversación telefónica tomó un giro extraño; nunca pensé que, después de tantos años y así de sopetón, sin estar frente a frente, estaría revelando, con profusión de excusas por la posible falta de delicadeza de mis expresiones que, durante un largo período, su boca, sus rodillas desnudas, sus piernas, me producían una extraña mezcla de angustia y deseo. ¿Deseo? ¿Deseo de qué? No lo sabía aún en esa época. Durante las clases, me fijaba mucho en sus pequeñas manos de cortos dedos terminados en uñas anchas, casi cuadradas; las imaginaba después por las noches, explorando en forma inquieta ciertas partes de mi cuerpo, lo que me causaba estremecimientos, de tanta intensidad, que me llevaban siempre a una culminación sublime. Incluso por un considerable período, a continuación del término de la etapa escolar, su frecuente evocación me hizo postergar cualquier noviazgo con alguna otra candidata, pese a que las ocasiones propicias comenzaron a presentarse con mayor repetición

después de mi titulación universitaria y el progresivo avance en mi carrera profesional, acompañado de un inesperado pero bienvenido éxito económico. Pero, ¡qué importaba todo aquello! Ya era una etapa por completo olvidada de mi vida.

—¿Por completo olvidada? —preguntó ella, y luego prosiguió—. No te creo.

—¿Por qué lo mencionas? —respondí, con un dejo de inquieto interés.

—Espero que no te sorprenda lo que voy a decir ahora. Aunque no lo creas, a mí me sucedía lo mismo contigo. Tuve que soportar, en silencio, haber estado muy enamorada de ti durante todo el tiempo que compartimos en el colegio. Nunca se presentó la oportunidad adecuada para que conversáramos, o puede ser que no me haya atrevido. Yo intuía que a ti te pasaban cosas conmigo. Nosotras, las pocas mujeres a quienes nos cae encima la enorme suerte de ser muy atractivas de físico, sabemos a la perfección, desde muy jóvenes, lo que significan las miradas de los hombres. Aprendemos a conocer las diferentes expresiones cuando nos observan. En general, son todas de rabia. Nos miran y les crece una especie de furibundo odio por no poder poseernos de inmediato; por saber, en su fuero interno, que nunca nos tendrán dispuestas. Pido perdón por describirlo en forma tan explícita. Es lo que yo notaba en todos nuestros compañeros, menos en ti. No, no te consideraba un santo, nada de eso; por supuesto que también, con bastante frecuencia, se me hacía notoria en ti la famosa miradita. Pero había algo más que te distinguía del resto. Por esos ojos tuyos, también veía, como si estuviera presenciando una película, transcurrir las sucesivas escenas que imaginabas, de una linda vida conmigo, con mucho cariño, matrimonio, hijos. Me sorprendía, con sinceridad, cuando se cruzaban nuestras especiales miradas. Solo en ti, de todo el grupo, intuía las dulces fantasías de un maravilloso futuro romántico. Me desagradaba comprobar que la proyección que recibía de todos los demás compañeros, se limitaba a ensoñaciones soeces: episodios de grosera dominación y usufructo de mi cuerpo. Lo que te acabo de explicar podría sonar como si

fueran palabras incitantes para cualquier otro. Pero contigo, había algo más, algo que no me producía el intenso rechazo que, bien lo sé, motivó que ustedes me encasillaran como despectiva y altanera. Algo en tu persona me provocaba ternura; me causaba una opresión en el pecho hasta quedar casi al borde de las lágrimas. Maldigo, cada vez que recuerdo esos tiempos, la invencible timidez que me impidió confesarte de manera franca mis sentimientos o que, por lo menos, me hubiera dejado abrir un resquicio, para que pudieras alimentar la ilusión de que un acercamiento hacia mí no sería de inmediato rechazado con mi habitual desdén. Han pasado tantos años que me produce una vergüenza horrorosa contarte todo esto como preludeo y, a continuación, estar obligada a confesarte que no tengo a quién más recurrir para pedir ayuda, debido a las circunstancias terribles que estoy pasando en estos días.

—¿Cómo es eso de las circunstancias terribles? —emití, con dificultad, debido a la sequedad de mi boca, por la impresión, tan intensa, que me causaba lo escuchado recién. En especial, la poca costumbre de escuchar descripciones tan íntimas, con palabras que no son las más habituales, me estaba causando incipientes sensaciones de voluptuosidad.

—Mira, te pido perdón, esto es de un atrevimiento inconcebible, me asombra mi propia desfachatez para explicarlo; no sé por dónde empezar, pero con sinceridad, después de tantos años de acordarme casi todos los días de ti, sin atreverme jamás a ubicarte, aunque fuera solo para preguntar qué es de tu vida, por favor, no te espantes, estoy desesperada, necesito que me prestes hoy mismo un millón. Para qué te voy a aburrir contando la historia completa; quizá cuántas veces has tenido que escuchar alguna similar. Seré breve. Salí del colegio, estudié, tuve mi buena cuota de noviazgos, algunos hasta más serios que otros. Luego, sin estar del todo convencida, me casé. Él recién había conseguido, según me informó, obtener su divorcio; le costó muchísimo esfuerzo lograrlo. Tuvo que negociar concesiones económicas importantes para su excónyuge y sus hijos; fue una larga batalla judicial. Por esa razón, me explicó que le

era imperativo mantener un perfil comercial bajísimo y, por ende, necesitaba que yo le administrara sus ingresos, que las cuentas bancarias y todos los asuntos de documentos de su actividad, como emprendedor en varios rubros, fueran mantenidos a mi nombre. Al principio, las cosas anduvieron bien; fueron algunos años en que sentía una considerable satisfacción por mi vida, para decirlo de alguna manera, pese a que, en lo profundo de mí, no me sentía del todo feliz. Hablamos de tener hijos, y las conversaciones siempre terminaban con el acuerdo de que era aún algo prematuro. Con la combinación de las responsabilidades de mi trabajo y las tareas de índole doméstica, salpicadas de tanto en tanto con salidas a comer, alguna que otra vez a bailar y frecuentes tertulias con sus amigos, pasó el tiempo y caí en una especie de rutina de aceptación, algo así como hipnotizada por la convicción de que eso era todo a lo que podía aspirar. Pero, gradualmente, fui despertando de mi cuasi letargo, por efecto del aumento de la frecuencia de inquietantes signos, ninguno de ellos por sí solo suficiente como para provocar una decisión crítica en nuestra relación pero que, sin hacerse aún aparente en forma clara, me fueron causando una ingrata sensación de estar amarrada a una especie de lastre en mi devenir cotidiano. En mi subconsciente, yo ya sabía cómo venía la cosa, pero me negaba a aceptar mi intuición. Luego se destapó todo. Me engañaba: no tenía una amante, sino dos. Poco a poco, creo que recordarás que muy tonta no soy, mal no me iba en el colegio, fui juntando las piezas del rompecabezas, hasta que una tarde, cuando llegó a casa, en forma muy tranquila, lo confronté con la historia completa. Nombres y apellidos de las dos mujeres, dónde vivían, dónde él se reunía con alguna de ellas para comer, dónde eran sus encuentros íntimos. Me escuchó en silencio, no efectuó interrupción alguna, ningún comentario salió de sus labios. Encontré admirable que la expresión de su rostro no cambiara en absoluto a medida que progresaba mi monólogo. Cuando terminé de exponer todo, tuve una considerable sorpresa. Se irguió; acercándose a mí, me besó en la frente y se fue. Una sorpresa bastante más ingrata se

presentó a los pocos días; estoy hablando de hace cosa de un par de semanas atrás. Mi cuenta corriente bancaria, pelada; hasta el último saldo de mi crédito había sido retirado. Todos los cheques que yo le había entregado, firmados en blanco, para ser usados como «garantías» de sus oscuras operaciones, fueron presentados a cobro. Me están pidiendo que me ponga al día en lo del departamento donde vivo, ya que se deben tres meses de arriendo; de lo contrario, me expulsarán de allí. Es un desastre total, aparezco adeudando veinte millones. Si no los reintegro mañana, las consecuencias para mí serán terribles. Rebusqué por aquí y por allá, algunos familiares algo me apoyaron, vendí el coche, empeñé las pocas joyas que tenía. Para qué te aburro con otras cosas que tuve que hacer pero, con esfuerzo, me fue bien. Ya he reunido diecinueve de los veinte millones. Me produce una vergüenza espantosa, ya te lo dije, pero estoy desesperada. Por favor, préstame el millón que falta. No te puedo dar garantía alguna; con sinceridad, no me queda nada. Pero me acordé de ti, de cómo me mirabas con ternura en el colegio y, si quieres, si todavía queda algún remanente de esa atracción que yo notaba que te causaba, vamos a un hotel esta misma tarde.

Hice una pausa en mi relato, porque noté que las facciones de mis compañeros de cena, impasibles durante toda mi extensa narración, ahora proyectaban leves sonrisas, con certeza —me expliqué a mí mismo—, sonrisas causadas por la envidia que les producía mi descripción de las extraordinarias circunstancias. Recorriendo los rostros con mis ojos alrededor de la mesa, busqué a quién dirigir mi consulta, posándolos en el que estaba frente a mí, en el lado opuesto de la mesa, cuya expresión ya era casi burlona.

—¿Dije algo gracioso? —consulté con un tono de leve irritación.

Después de un largo intervalo, en que todos se miraban, como intentando esquivar la obligación de distinguirme con alguna respuesta, el mismo al que había interpelado por fin me respondió:

—Aquí estamos reunidos veinte. Saca las cuentas, y bienvenido al club.